

una imaginacion esencialmente poética: si admiramos los primores de un estilo elegante, correcto y en que la sublimidad se halla sienpre en armonia con los encantos de la belleza; ¿no tendríamos títulos bastantes para colocar este pequeño discurso entre los primeros y mas escogidos de este género de oratoria? He aqui nuestro concepto, equívoco tal vez, si nuestra admiracion por Chateaubriand carece de motivo; pero muy exacto, si es bien merecida la celebridad que disfruta este amable escritor entre los que mas han honrado la buena literatura.

FRAGMENTO

DEL MISMO AUTOR

SACADO DE SU OPUSCULO SOBRE LOS BORBONES

CUANDO Bonaparte disolvió el directorio, le dirigió este discurso que caracteriza tan bien aquel orgullo indomable y guerrero, aquella alma llena de intrepidez y fiereza, aquel talento único que han presentado los siglos para derramar la tirania por cuantos pueblos visita el Sol en su carrera, y para hacer cimbrar los tronos á una voz altanera y vacilar las coronas mejor sentadas en la cabeza de los reyes. Jamas el vicio se apropió mejor el ropage de una virtud sincera. Ved en este rasgo el ejemplo único, que nos ha dejado la historia, de una hipocresia que para sojuzgar al mundo arroja de sí la bajeza que la caracteriza, levanta una voz arrogante y soberbia, usurpa el idioma reservado

de la sabiduria, burla las miras ilustradas de la prudencia; y sin el temor de ser desobedecida, destruye en un instante las viejas instituciones, aquellas instituciones venerables consignadas en el culto de los pueblos por los testimonios de la humanidad y de la justicia, por el acatamiento respetuoso de tantos siglos, por la tradicion augusta de mil generaciones. Habla el tirano, y se conmueve todo el edificio social, reclama para sí con orgullo el tributo de obediencia que solo el poder legítimo tiene derecho de exigir sobre las tablas del pacto fundamental; y el despotismo levanta su trono en medio de una nacion desolada y sobre las ruinas de las antiguas leyes. Oigamos ahora el falso y altivo lenguaje de este usurpador ilustre.

„¿Que habeis hecho, les dice, de esta Francia que os habia yo dejado tan brillante? Os dejé la paz y he encontrado la guerra; os dejé victorias y he encontrado reveses; os dejé los millones de la Italia, y he venido á encontrar por todas partes leyes despojadoras y miseria. „¿Que habeis hecho de cien mil Franceses que yo conocia y que fueron mis compañeros de gloria? Han muerto. Este estado de cosas no puede permanecer; antes de tres años nos conduciria al despotismo; pero queremos la república sentada en las basas de la igualdad, de la moral, de la libertad civil y de la tolerancia política.”

„¡Que lenguaje! ¡Que insolencia! ¡Que temeridad! A la historia correspondia juzgar á este hombre, cuando el mundo desahogado ya del formidable peso de su existencia pudiese hablar sin ser oprimido. Ella le ha juzgado ya, dejándole mantener una celebridad indispensable; pero negándole con firmeza los nobles atributos de la gloria, que solo se decretan á la virtud.

„Cuan bello es escuchar este juicio pronunciado con toda la impetuosidad de una elocuencia sublime! Cuan bello es encontrar en un solo hombre al digno representante de la humanidad entera,

al órgano del universo, expresando el soberano juicio de la posteridad, y desahogando delante de ella contra el mas grande opresor del universo mil sentimientos de rabia y de furor y lanzando sobre sus cenizas el terrible anatema de todo el género humano.

„Hombre de la desgracia, exclama Chateaubriand, nosotros te condenaremos ahora con tus propios discursos, y te interrogaremos por tus propias palabras. Dí, ¿que has hecho de esta Francia tan brillante? ¿Donde estan nuestros tesoros, los millones de la Francia, de la Europa entera? ¿Que has hecho tu, no de cien mil, sino de cinco millones de Franceses entre los cuales reconociamos todos á nuestros parientes, nuestros amigos, nuestros hermanos? Este estado de cosas no pudo haber durado; nos sumergió á todos en un horroroso despotismo. Tu querias la república, y nos has traído la esclavitud: nosotros queremos la monarquía sentada sobre las basas sólidas de la igualdad de derechos, de la moral, de la libertad civil, de la tolerancia política y religiosa. ¿Nos has dado esta monarquía? ¿Que has hecho por nosotros? ¿Que debemos á tu reynado? ¿Quien asesinó al Duque de Enghien, martirizó á Pichegru, proscribió á Moreau, cargó de cadenas al soberano Pontífice, arrebató del seno de su Imperio á los principes de España y comenzó una guerra impia? Tú. ¿Quien ha perdido nuestras colonias, anonadado nuestro comercio, abierto la América á los Ingleses, corrompido nuestras costumbres, arrancado á los hijos de los brazos de sus padres, incendiado mas de mil leguas de terreno, é inspirado el horror del nombre Francés á toda la tierra? Tú. ¿Quien ha expuesto la Francia á la peste, á la invasion, al desmembramiento y á la conquista? Tú todavía. He aqui lo que tú no pudiste preguntar al directorio, y lo que nosotros te preguntamos hoy á ti. ¿Cuanto mas culpable eres tú que aquellos hombres á quienes no encontrabas dignos de reynar! ¿Un rey legítimo y hereditario que hubiese

„agobiado á su pueblo con la menor parte de los males que tu nos has hecho, habria puesto en peligro su trono; y tú, usurpador y extranjero, tú habias de venir á sernos sagrado por las calamidades que has derramado sobre nosotros! ¿Tu reinarás aun en medio de los sepulcros! Volvemos á entrar al fin en nuestros derechos por la desgracia; no queremos adorar á Moloch, ni tu devorarás ya nuestros hijos: no queremos ya tu conscripcion, tu política, tu censura, tus decapitaciones nocturnas, tu tiranía. No somos nosotros los únicos en increparte: el género humano es quien te acusa. El nos pide venganza en nombre de la religion, de la moral de la libertad. ¿Donde no has derramado tu la desolacion? ¿En que parte del mundo se encuentra siquiera una familia obscura que haya escapado á tus saqueos? El Español en sus montañas, el Ilirico en sus valles, el Italiano bajo su bello Sol, el Aleman, el Ruso, el Prusiano en sus ciudades blanquecinas te piden sus hijos que les has degollado, la tienda, la cabaña, el castillo, el templo á donde tu llevaste el incendio. Tu los has forzado á venir á buscar entre nosotros lo que les has robado, y á reconocer en tus palacios sus ensangrentados despojos. La voz del mundo te declara el mayor culpable que jamas ha existido sobre la tierra; por que no han sido pueblos bárbaros ni naciones degeneradas el teatro en que has vertido tantos males: en medio de la civilizacion, en un siglo de luces: he aqui donde tu has querido reinar con la espada de Atila y las máximas de Neron. Deja por fin tu cetro de hierro, descien- de de ese monton de ruinas en el cual te habias erigido un trono. Nosotros te arrojamos de aqui como tu arrojaste al directorio. ¡Vete! Y ojalá y por única pena seas testigo del júbilo que tu caída ha causado á la Francia, y contemples virtiendo lágrimas de rabia el espectáculo de la felicidad pública.”